

¿Ha muerto el pretendiente al califato?

JUANJO SÁNCHEZ ARRESEIGOR
HISTORIADOR. ESPECIALISTA EN EL MUNDO ÁRABE CONTEMPORÁNEO

Ibrahim Awad al-Basri, alias Abu Bakr al-Bagdadi, nunca fue el califa del Islam. Para eso hace falta mucho más que una brutalidad sin límites y el respaldo de un puñado de amigos bien armados. Sin embargo, por cínico que parezca admitirlo, el éxito zanja cualquier debate sobre legitimidad. Puede que Ibrahim Awad no fuese más que un despiadado señor de la guerra, pero sus éxitos militares durante el verano de 2014, especialmente la asombrosa conquista de Mosul, le dieron credibilidad a su reclamación.

Tres años escasos después de la caída de Mosul, los rusos se jactan de haberle matado en un ataque aéreo, junto con decenas de sus comandantes y lugartenientes. Por el momento los yihadistas no lo han desmentido. Puede ser que Ibrahim Awad esté vivo y lo oculten para que no le persigan mientras busca un nuevo refugio. Sin embargo, al tratarse de su máximo líder, resultaría imperativo proclamar que sigue vivo y que la lucha continúa. Por lo tanto, lo más prudente es asumir que está muerto, que el ataque ruso tuvo éxito y que los líderes yihadistas postergan admitirlo hasta que se haya resuelto la sucesión, igual que hicieron los talibanes cuando murió el mulah Omar.

La muerte del autoproclamado califa va a ser un duro golpe, pero menos decisivo de lo que podría creerse porque el Estado Islámico es un grupo orgánico que comparte unos objetivos y escoge a sus dirigentes. Si estos fallan o mueren, la organización como tal sigue existiendo y puede reemplazarlos. En el verano de 2006, el Estado Islámico nombró califa a un desconocido llamado Hamid Al-zawi, al que asignaron el nombre oficial de Abu Umar al-Bagdadi. No era más que un figurón y cuando los norteamericanos lo liquidaron en abril de 2010, nadie lo echó de menos.

Ibrahim Awad nunca fue el figurón de nadie. Se unió al Estado Islámico en 2005 y ascendió rápidamente a puestos de responsabilidad. Cuando los norteamericanos diezmaron la cúpula dirigente de la organización, estaba listo para asumir el mando, purgando sin piedad cualquier posible oposición. El nuevo caudillo encontró una coyuntura favorable gracias a la coincidencia de dos factores: la guerra civil siria fue alienando y acorralando a la mayoría árabe sunita de Siria, mientras que el sectarismo chiita del Gobierno iraquí ejercía el mismo efecto sobre la minoría árabe sunita de Irak. A partir de ahí, un líder competente y despiadado pudo conquistar un territorio tan extenso como media España, poblado por ocho millones de personas y dotado de abundantes recursos naturales.

Ahora ha llegado el momento del desencanto para los ultrafanáticos: Ellos habían conquistado un amplio territorio, lo habían organizado administrativamente según las normas que consideraban ideales, auténticamente islámicas, habían proclamado un califa, noventa años después de que Mustafa Kemal lo aboliese como institución, incluso simbólica, y al final resulta que todo no vale un pimiento frente a la abrumadora potencia de fuego de la heterogénea coalición agrupada en su contra. Su líder está muerto y sus conquistas les son arrebatadas por la fuerza de forma lenta pero inexorable.

Bin Laden ya había advertido al Estado Islámico y a otros grupos yihadistas de los errores que no debían cometer: y sin embargo cometieron: conquistar un territorio solo tiene sentido si puedes conservarlo, pero eso es imposible mientras EE UU «continúe teniendo la capacidad de derrocar cualquier estado que establezcamos. (...) Debemos recordar que el enemigo derribó al régimen talibán y al de Sadam». El apoyo popular es indispensable, lo que requiere una buena administración. «A menudo la gente cambia (de opinión) cuando ve que hay una constante escasez de alimentos y medicinas, y lo último que quieren es que sus hijos mueran por ello. (...) El impacto de perder un estado puede ser devastador, sobre todo si ese estado está en sus comienzos (...) Al público no le gustan los perdedores. Solamente le interesan los resultados».

Resulta extraño ver a un fanático homicida como Bin Laden actuar como la Voz de la Razón, pero se li-

mitaba a sacar conclusiones de la experiencia para recomendar una moderación puramente táctica. Una vez establecido sólidamente el califato, los sunitas laicos y los cristianos tendrían que someterse para sobrevivir, mientras que los chiitas o los yazidies serían erradicados por completo, como los judíos en la Alemania nazi. En cambio, Ibrahim Awad opinaba que los reiterados fracasos de los yihadistas se debían a que nunca habían sido lo bastante sanguinarios desde el principio.

A partir de aquí se entienden mejor los motivos del fracaso del Estado Islámico. Para empezar nunca fue un estado islámico, es decir, que agrupase a todos los musulmanes, sino un estado tribal de los árabes sunitas de Irak y Siria. Por eso lograron tomar Mosul y otras regiones, porque la población local estaba dispuesta a respaldarles, pero cambiaron de opinión cuando sufrieron su gobierno totalitario, ultra-reaccionario, xenófobo, arcaizante y machista a machacamartillo.

El Estado Islámico será destruido. Aunque Ibrahim Awad haya sobrevivido, no va a suponer una gran diferencia. Sin embargo, la caída del fallido califato no supondrá el final de esta sangrienta historia. Los árabes sunitas de Siria no aceptarán el Gobierno de Damasco, controlado por la secta de los alawies. Los árabes sunitas de Irak tampoco aceptarán un Gobierno chiita en Bagdad que les trate como ciudadanos de segunda a ellos, que dominaron siempre el gobierno de todo Irak. Mientras esos dos problemas no se zanen, a la hydra yihadista le seguirán saliendo nuevas cabezas.

ANTÓN



MI PAPELERA

Fuego

ADELA TARIFA

Los homínidos descubrieron el fuego para alimentarse mejor y espantar al frío y a las fieras



Empezó el verano con noticias terribles sobre incendios forestales. El drama de Portugal nos heló la sangre.

Hoy las tragedias verdaderas se representan en directo en la tele. No hay drama de ficción, por mucha trama macabra que se le quieran poner, superior a la realidad cotidiana. Ni las tragedias de la Grecia clásica, ni las de la ópera italiana son tan trágicas. Lo cotidiano en verano es el pirómano, asesino en potencia pues prende la llama para matar. Con los pirómanos pasa algo similar a lo que sucede en asesinatos de violencia machista. Todos los gobernantes se estrellan inventando soluciones mágicas. Es que no miran al bosque, sólo al árbol. Pero el problema está en el bosque, un bosque donde crece la mala educación cívica, en las escuelas e institutos. Allí cultivamos bastantes cardos borriqueros, pagando tal cosecha a precio de orquídeas. Allí está la cuna de los pirómanos; allí, y en la familia de la madre que los parió y del padre que puso su parte, por malcriar a tanto nini consumista.

Cuando escribo esta columna la estadística de mujeres asesinadas por sus compañeros se dispara: dos han caído en el mismo día. Y no son viejos estos asesinos. Son criaturas de la democracia. Digo lo de criatura porque una parida nueva que he oído es lo de no hablar de niños o niñas en plantas de maternidad. Alguien ha propuesto llamar criaturas a los neonatos, para no ser sexista. Si, cada día que amanece el número de criaturas tontas crece. Y así nos va. De susto en susto.

Porque dos días antes de estos asesinatos machistas, en el insomnio de una noche ardiente del Sur, escuché en la radio que un hombre de unos 40 años, también educado en escuela de la democracia, se cargó a un muchacho de un tiro porque la criatura le llamó la atención viendo que orinaba a plena luz del día en una concurrida playa gallega. Se ve que al tipo éste no le gustaba que nadie le llevara la contraria desde que nació. Así, en lugar de pedir disculpas sacó una pistola y se lió a tiros. Dicen que tenía antecedentes violentos. No se necesita hacer el doctorado para llegar a tal conclusión. La única conclusión es que es una mala bestia que merece no salir del trullo hasta que nos aseguren que no va a matar a otro en su siguiente meada pública. La única conclusión es la angustia que nos produce que muchos asesinos y violadores salgan de la cárcel peor que entraron. Por eso reinciden, como el violador del ascensor. Estaba cantado. Es que nuestras leyes son muy blanditas con el pirómano, asesino, maltratador o ladrón. A las pruebas me remito.

Otro asunto es la pasión por el fuego que hay en este país. Recuerdo con horror los cohetes que tiraban en mi pueblo en fiestas. Me aterraba el ruido, el estallido arriba, y la caída, que si te descuidabas te daba encima la caña humeante. Nunca he comprendido el placer de estas fiestas coheteras. Ni siguiera me apasionan los fuegos de artificio. Donde se ponga una estrella fugaz, una luna llena, que se quiten los cohetes. Se ve que soy rara, porque en España el fuego levanta pasiones: hogueras de san Antón, hogueras de san Juan, Fallas, noche del fuego en la comunidad alicantina...etc. Por cierto; una vez me pilló esta fiesta en Elche. Qué horror! Los petardos te daban si no saltabas. Jamás volveré en esa fecha. Moda que se ha extendido, porque no hay Nochevieja sin unos gamberros bajo tu puerta lanzando petardos. Qué Dios me perdone, pero me acuerdo de sus progenitores cada vez que suena uno y despiertan a las criaturas del edificio. Claro, así se van acostumbrando desde chicos. Y, teniendo uso de razón, convertidos en pandilleros, ya están con los petardos, vengándose, y dando ejemplo a generaciones venideras de mala educación.

Los homínidos descubrieron el fuego para alimentarse mejor y espantar al frío y a las fieras. Eso estuvo bien. Pero luego, pasando los siglos, le tomaron el gustillo a echar en la hoguera a los que pensaban diferente. Así se fueron acostumbrando al olor a carne humana. La Inquisición fue gran maestra en el asunto. Fuera y dentro de España, era costumbre echar humanos a la hoguera. El Escorial tiene forma de parrilla, recordando al santo quemado, san Lorenzo. Juana de Arco pasó a la historia por arder en la hoguera. Hitler, que tenía más prisa, echaba a los judíos a hornos, por toneladas. Toda Alemania olía mal, aunque los ciudadanos aseguraban no saber nada. El fanatismo y el miedo anulan también el olfato. Ahora, faltos de espacio en cementerios, o con escaso presupuesto, se impone la incineración, que es costumbre civilizada, aunque remota, como vemos en las tumbas de El Argar. En Valencia, arruinada la comunidad, se queman Fallas que valen una millonada. Será porque representan a mangantes que antes hubieran acabado en hogueras de la inquisición.

El fuego está en nuestro ADN. Pero hay fuegos y fuegos. Los que matan y destrozan la naturaleza son caso aparte en esta España nuestra. Mi papelera dice que como pille algún pirómano reinventa el purgatorio, donde decían los curas de antes que uno se quema eternamente sin consumirse. Eso sí que es retorcimiento mental. Al infierno no. El infierno está aquí.